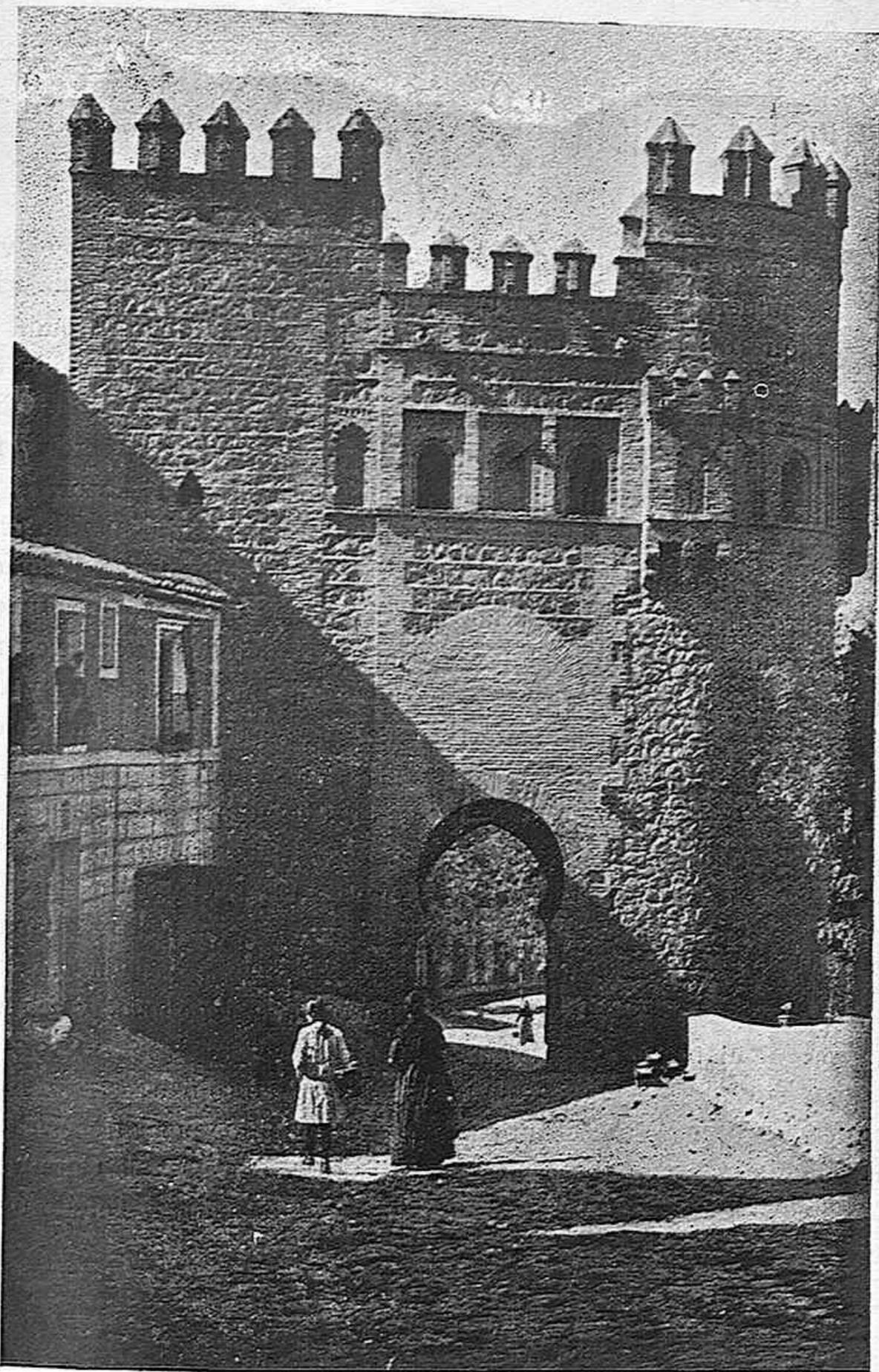


AÑO
XI
—
NÚM.
220

TOLEDO REVISTA D'ARTE

DIRECTOR-GERENTE: SANTIAGO CAMARASA

MES
JUNIO
—
AÑO
1925



Del Toledo único: Puerta del Sol.

Fotografía M. Clavería.



Ante e Historia

EL CENTENARIO DE LA PRIMADA

Nuestra revista "La Catedral de Toledo"



DECÍAMOS en nuestro último número, que la revista que ofrecimos dedicada exclusivamente a la Catedral se haría muy en breve, y aquella promesa es ya una realidad. La revista pues, está hecha, y se repartirá inmediatamente el primer número.

Sosteniendo nuestro ofrecimiento, absolutamente desinteresado, ideal cual ninguno, de aquella primera reunión en que el primado expuso su anteproyecto de juntas y de actos, reclamando la atención y el interés de todos, hemos concretado con la Junta directiva la publicación de la revista, toda por y para tan fausto acontecimiento, que ha de ser memorable en la historia de la iglesia y del arte mundial.

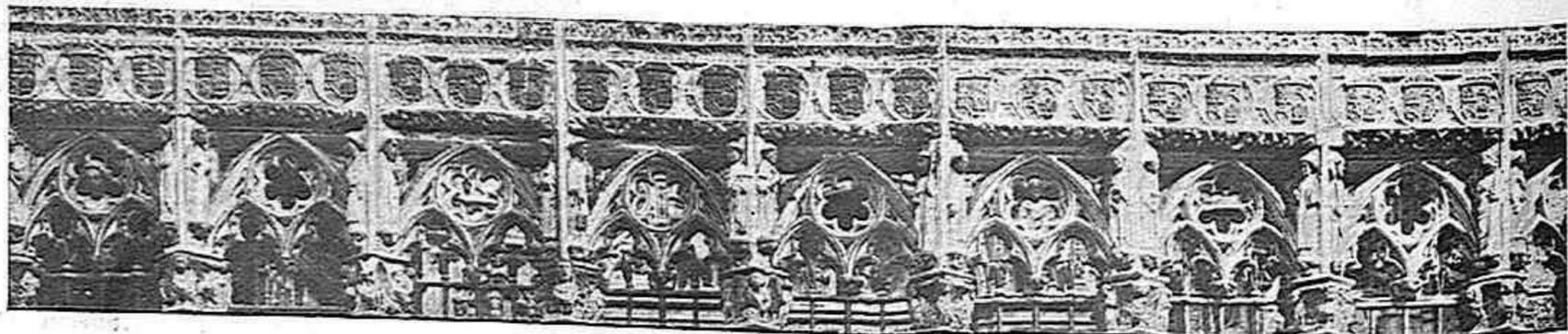
Ante la magnitud del suceso, pequeña, absurda si cabe será nuestra obra, pero modesta y sencilla, más o menos grande en su presentación y en su formato, es ella la obra de todo nuestro ideal, la obra de toda nuestra fervorosa admiración y reverencia para la Catedral y para Toledo.

Vamos a ella, con tan elevado ideal, con tan noble romanticismo, que la haremos gratis, totalmente gratis para todos, para la Junta ante la que hemos sostenido este criterio, y para los lectores de todo el mundo a los que se la regalaremos, en debida y franca justificación de que sea el cantor, el heraldo de las sublimes bellezas del templo primado.

Será «La Catedral de Toledo» una confirmación más—mucho más rotunda porque llevamos a ella de todos nuestros esfuerzos—del programa que nos impusimos y que nos orienta en esta revista, del que no sólo no nos hemos apartado, si no que le hemos realizado aun fuera de ella, como nos ocurre en este caso concreto.

Repetimos que la nueva revista la repartiremos por todo el mundo—divulgando el tesoro catedralicio y las fiestas solemnísimas que han de celebrarse—, y nada más lógico pues, que siendo para regalarla y obra nuestra, sean nuestros lectores los primeros en recibirla.

Es tal no sólo nuestro deber, si no nuestro propio orgullo, por ofrecerles una nueva obra toledana, toda para la Catedral, complemento de esta, toda para el Toledo único.





El retrato del embajador Francisco de Vargas



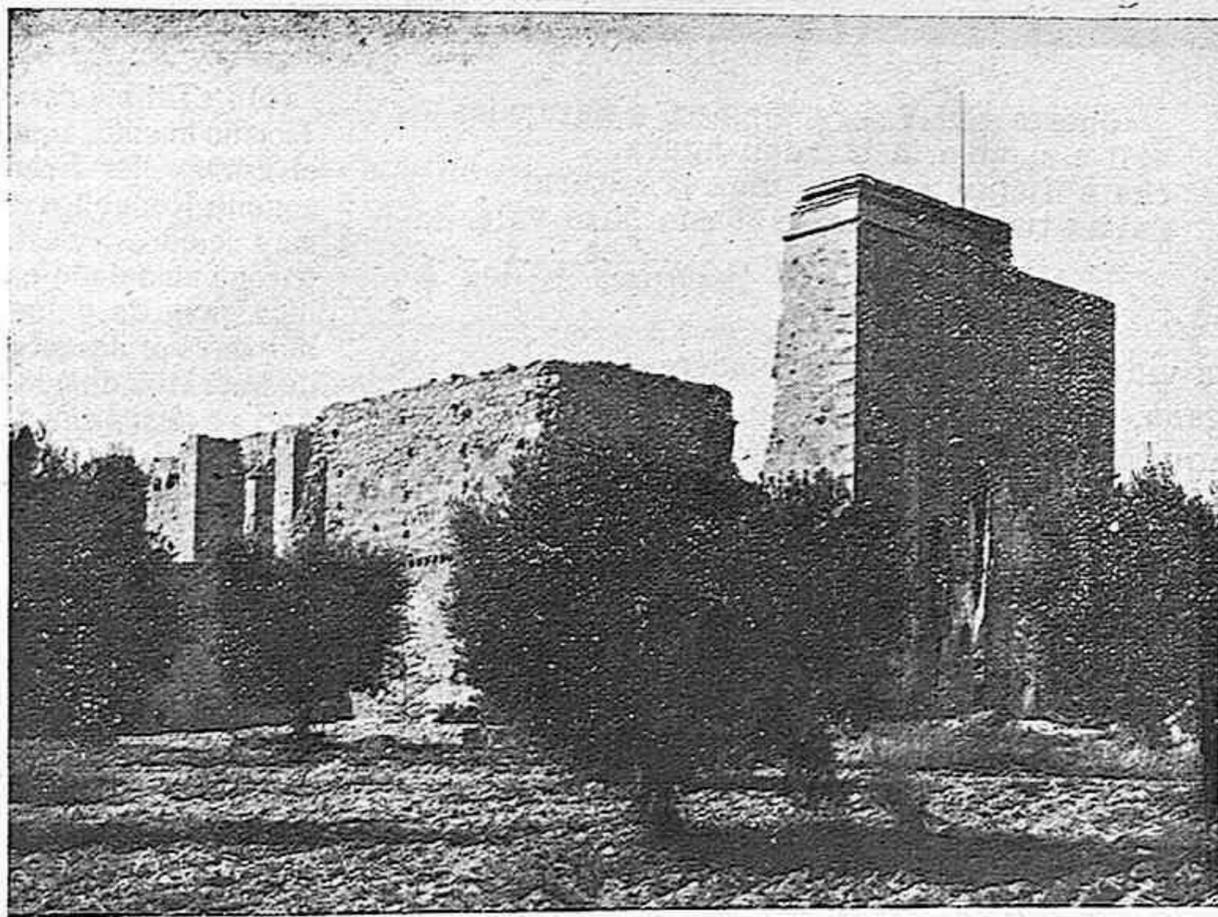
REMEDANDO a Carlos V en Yuste, el embajador don Francisco de Vargas, harto del mundo y de los negocios públicos, se había retirado al monasterio toledano de la Sisle, para ejercitarse al fin de su vida en actos de piedad y devoción. Con el consentimiento de éste, e impelida de

los mismos deseos, su esposa, D.^a Inés de Villafañe había tomado «el hábito y profesión de monja en el Convento de la Concepción de Granada», en unión de su hija «D.^a Juana de Vargas».

Fué este ilustre embajador uno de los diplomáticos más expertos en los reinados de Carlos V y Felipe II, y, además, hombre doctísimo en todo género de disciplinas, a juzgar por las referencias de sus contemporáneos y por lo que de su vida sabemos. Escribió obras diversas, pero sólo ha llegado hasta nosotros su tratado *De Episcoporum jurisdictione*, impreso en Roma por Paulo Manucio el año 1563, a instancias del Papa Pio IV. La celebridad de Vargas en nuestra historia, débese principalmente a su activa intervención en el magno Concilio de Trento. Se duda de la autenticidad de las cartas y memorias suyas, pertenecientes al Concilio, publicadas por Vassor en Amsterdam en 1699. Pero en el tomo IX de la «Colección de documentos inéditos para la Historia de España»

salieron a luz multitud de documentos originales relativos a aquella Asamblea, existentes en el Archivo de Simancas, entre los cuales figuran gran número de cartas de Vargas, y varias dirigidas a él por Felipe II y otros personajes. Acaso no se ha ponderado aún lo bastante la intervención de Francisco de Vargas en el Concilio tridentino, si se tiene en cuenta que fué el verdadero inspirador de muchas de las cuestiones defendidas allí por los eclesiásticos españoles.

Vargas desempeñó también el cargo de embajador en Venecia durante siete u ocho años. Probablemente desde 1550 a 1557, poco más o menos. ¡Qué diferente aspecto nos ofrece aquí su personalidad! En Roma y en Trento sólo se comprende a Vargas, unas veces, discutiendo con el Papa o con los Padres del Concilio sobre las árdidas cuestiones suscitadas, como aquella tan transcendental del origen de la potestad



Ruinas del convento de la Sisle.

episcopal; otras, imaginándole recluso en su escritorio, enfrascado en la lectura de las *Relectiones* del P. Fr. Francisco de Vitoria, sirviéndose del «libro de mano, medianillo, gruesezuelo» que le había prestado «un fraile benito de Monserrate». En Venecia, le hallamos en un medio completamente distinto. El austero embajador, de ceño duro e inflexible, es aquí el amigo del cínico Pietro Aretino y del «divino e inmortal» Ticiano; que disfruta conversando con los poetas y con los artistas; que paladea



«Questo è il Varga dipinto, e naturale; egli è sì vivo in la nobil figura, che a Tizian, par che dica la natura: l'almo tuo stil, più che il mio fiato vale.
.....

la vida frívola, ahita de placeres, un tanto pagana, la vida, en suma, que se respiraba allí, en aquellos días de hervor renacentista.

Los años que pasó nuestro Embajador en Venecia, fueron los mismos en que el Ticiano mantuvo relaciones constantes con la Corte de España, por los encargos de pintura que le hacía el Príncipe D. Felipe. (Publicadas se hallan las cartas del Ticiano, dirigidas a éste sobre tales asuntos). Por tanto, la amistad entre Francisco de Vargas y el famoso pintor debió surgir muy pronto. Representante aquél de la Majestad Cesárea, Ticiano había de rendirle toda su pleitesía. Antonio Pérez, que en compañía de su padre visitó Venecia durante estos años, nos

ha conservado un interesante diálogo, alusivo a cierta conversación habida entre Vargas y Ticiano (1). Cuando éste pintó el cuadro de la *Gloria*, Vargas le rogó que pusiese en dicho lienzo su retrato, como se ha probado por una carta del Ticiano, dirigida al emperador, su fecha 1.º de Septiembre de 1554: «Il ritratto del signor Vargas posto nell'opera—se refiere al cuadro de la *Gloria*—ho fatto di commando suo; se non piacerà a V. M. C. ogni pittore con due pennellate lo potrà convertire in altro» (2).

Pero el testimonio más elocuente de las relaciones entre ambos personajes es el gran retrato que hizo el Ticiano de nuestro embajador, distinto de éste de la *Gloria*, al que aluden curiosos textos coetáneos. El célebre Aretino dedicó a él un soneto, que remitió al Ticiano en carta escrita en Venecia el mes de Octubre de 1550: «Mandovi il sottoscritto sonetto, da me composto sopra il ritratto dell'illustre sig. Francesco Vargas, che qui la Maestà Sua rappresenta» (3). Soneto poco divulgado en España, por lo cual le transcribimos:

«Questo è il Varga dipinto, e naturale; egli è sì vivo in la nobil figura, che a Tizian, par che dica la natura: l'almo tuo stil, più che il mio fiato vale.

In carne io l'ho partorito mortale, fu procreato divino in pittura: il da te fatto la sorte non cura, il di me nato il fin teme fatale.

L'esempio in vero ha gli spiriti, e i sensi raccolti in l'arte, e chi il mira comprende ciò che all'invece di Cesar conviensi.

Nel guardo suo certa virtù risplende, che con l'ardor dei desideri intensi; di Carlo in gloria ogni intellecto accende.»

Ignoramos dónde para este famoso retrato, que ningún crítico ha logrado descubrir toda-

(1) «Tal me parece lo que oy un día en Venecia a Ticiano mismo, aquel gran pintor. Preguntabale un día el Embaxador Francisco de Vargas (Embaxador en aquella Republica de Carlos Quinto. Varón de los muy celebres, y estimados de los de mi nación y siglo) porque auia dado en aquella manera de pintar tan sabida suya de golpes de pinçel grosseros, casi como borrones al descuido... y no con la dulzura del pinçel de los raros de su tiempo: Respondió el Ticiano, Señor, yo desconfié de llegar a la delicadeza y primor del pinçel de Michael Angelo, Urbino, Corregio y Parmesano, y que quando bien llegase sería estimado tras ellos, y la ambicion natural, no menos a mi arte que a las otras, me hizo echar por camino nuevo, que me hiciese celebre en algo, como los otros lo fueron por el que siguieron». (Relaciones de Antonio Pérez..... París, 1624. Segundas cartas, páginas 84 y 85). Cean Bermúdez, en su Diccionario, ya dió a conocer este texto.

(2) Catálogo descriptivo..... del Museo del Prado..... por D. Pedro de Madrazo. Madrid, 1872. Nota a la pág. 255. Madrazo supone que «el retrato del embajador Vargas quedó en la tela, y no es otro que el personaje barbado que representa al paciente Job».

(3) L'Aretino, Dialogo della Pittura di Lodovico Dolce. Carabba editore. Lanciano, 1913. Pág. 140.

vía. Carderera creyó encontrar una reproducción de él en un grabado del siglo XVII, hecho por el flamenco Luis Vorsterman, el joven, según un original del Ticiano, del cual se conserva bellísima prueba en nuestra Biblioteca Nacional (1). Los Sres. Sánchez Cantón y Alledsalazar (2) han aceptado la opinión del señor Carderera, pero basándose en que ninguno de los retratos que figuran en el cuadro de la *Gloria* puede identificarse con el del grabado, una vez que hecho el correspondiente cotejo, suponen el retrato de Vargas fué borrado de aquel lienzo. Desconocemos los motivos que tuvo el Sr. Carderera para hacer semejante atribución: acaso, vió el propio retrato de Vargas, original del Ticiano.

En tal estado el asunto, nuevos documentos vienen a aportar insospechadas revelaciones sobre dicho retrato. He hallado el testamento y los codicilos de Francisco de Vargas (3), textos que son de un gran valor para el esclarecimiento de su biografía; en otra ocasión los daré a conocer. Ahora me he de limitar solamente a

(1) Catálogo de los retratos de personajes españoles de la Biblioteca Nacional, por D. Angel M. de Barcia. Madrid, 1901, pág. 706. Al pie del grabado se lee: «Titian p. L. Vorsterman iunior f.»

(2) Retratos del Museo del Prado. Madrid, 1919, página 72.

(3) Arch. de Prot. de Toledo. Escrib, A. García, 1566.

extractar de ellos la cita que en este momento nos interesa. Vargas, al recluírse en la Sisla tenía consigo su retrato tan apreciado, y en su primer codicilo ordena: «que el quadro de la figura del dicho señor Embaxador que es hecho de mano de Ticiano se le enbie prestado a la dicha doña Ines de Villafañe mi muger monja en el monesterio de la Concepción de Granada, por toda su vida, porque despues ha de ser para don Pedro de Vargas mi hijo». En una cláusula del testamento encarga a éste «que por el consuelo de su madre tome asiento y se vaya a vivir a la ciudad de Granada». El retrato, pues, desde Venecia o Roma se trajo a Toledo; pasó probablemente al Convento de la Concepción de Granada; luego quedó en esta ciudad en la casa de D. Pedro de Vargas. ¿A dónde se llevó después? Tratándose del retrato de un personaje tan eminente, debido nada menos que al pincel de Ticiano, no es presumible su desaparición ulterior, como no haya sido por causa de fuerza mayor. Busquémosle, por tanto. La importancia de la obra ya merece que se hagan averiguaciones para su hallazgo, sobre la base de esta serie de pistas nuevas que aquí alegamos.

Fran^{co} de B. de San Román

La Asamblea sanitaria de Castilla la Nueva

DESIGNADA nuestra ciudad para la celebración de esta Asamblea, se ha celebrado en este mes, a la que han concurrido más de un millar de asambleístas, entre ellos las más distinguidas personalidades sanitarias.

La sesión de apertura fué presidida por el Cardenal Primado Dr. Reig, que hizo un brillante discurso, después de otros varios, muy interesantes, de los distintos representantes de las clases sanitarias que concurrían al acto.

A la sesión de clausura asistió el subsecretario de Gobernación, general Martínez Anido, y el director general de administración local Sr. Calvo Sotelo, haciendo ambos interesantes discursos, igualmente que otras distinguidas personalidades.

Alternando con la labor técnica de los asambleístas, o sea con la reunión de secciones, han tenido lugar distintos actos de carácter artístico: visitas a monumentos, paseos por el Toledo típico y conferencias de arte.

En éstas intervinieron acertadísimamente, como corresponde a sus grandes prestigios, los Sres. D. Francisco de B. de San Román y D. Angel Vegue y Goldoni; este último leyó una admirable conferencia en el Teatro de Rojas, la que publicaremos íntegra próximamente.

A la vez que la Asamblea, celebróse una gran exposición de productos sanitarios, a la que concurrieron las más importantes casas.

La Asamblea pues, resultó importantísima, por la que felicitamos muy cordialmente, a sus organizadores, y a todas las clases sanitarias de Toledo.

Gran solemnidad toledana

El día del Corpus

MAGNÍFICO y esplendoroso como todos los años, Toledo ha celebrado su día grande, su más exquisita solemnidad: El Corpus Christi.

La ciudad se ha engalanado maravillosamente, destacándose como siempre los hermosos tapices que rodean la Catedral.

Sus calles perfumadas exquisitamente por el ornato de sus fachadas y por el incienso de la procesión, hánse visto invadidas como nunca por la muchedumbre, ávida de presenciar la fiesta.

Jamás conoció Toledo un día como este, en el que más de diez mil personas le honraron con su presencia y le reverenciaron con su más sentida admiración.

El gran valor de nuestra ciudad acrecentado de día en día, se confirmó más en esta fausta fecha, en que fué Toledo algo singular, sumamente extraordinario.

Hasta el día de sublime luminosidad, dió más esplendor a la hermosa fiesta.

Del templo primado, con el suntuoso ceremonial de siempre, salió la gran Custodia de Arfe — una de las joyas más valiosas de Toledo — recorriendo el bello itinerario acostumbrado, entre el cada vez más sentido asombro de los toledanos y los no toledanos, que lo presenciaban entusiasmados.

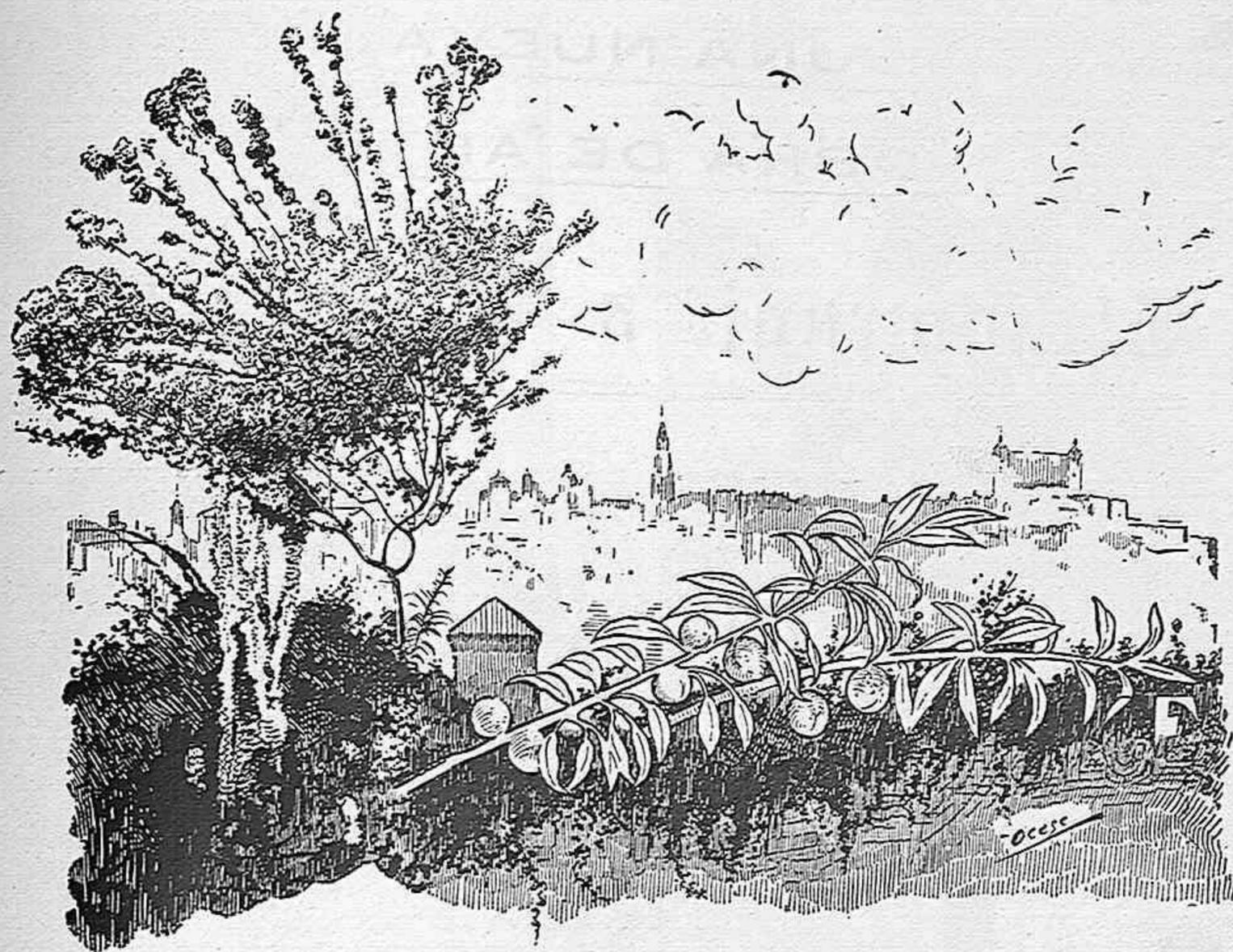
Nuestro día grande, lo fué más este año, como lo será más en los venideros.

Toledo ha vencido.



La procesión regresando a la Catedral.

Fot.ª Rodríguez.



Los de hueso dulce



*En el lindo festón de Cigarrales
que abrazan a Toledo, cariñosos,
se cultivan los frutos más sabrosos,
bocado de exquisitos Cardenales,*

*y entre el preciado don de sus frutales
de gustos aromados y jugosos
son los albaricoques deliciosos,
orgullo de festines señoriales.*

*Su carne es delicada confitura
que la fama mundial ha conquistado,
su alma es la almendra de especial dulzura
que al mazapán su exquisitez le ha dado;
¡fruto selecto que ornamenta y brilla
en la región más brava de Castilla!*

— RÓMULO MURO —

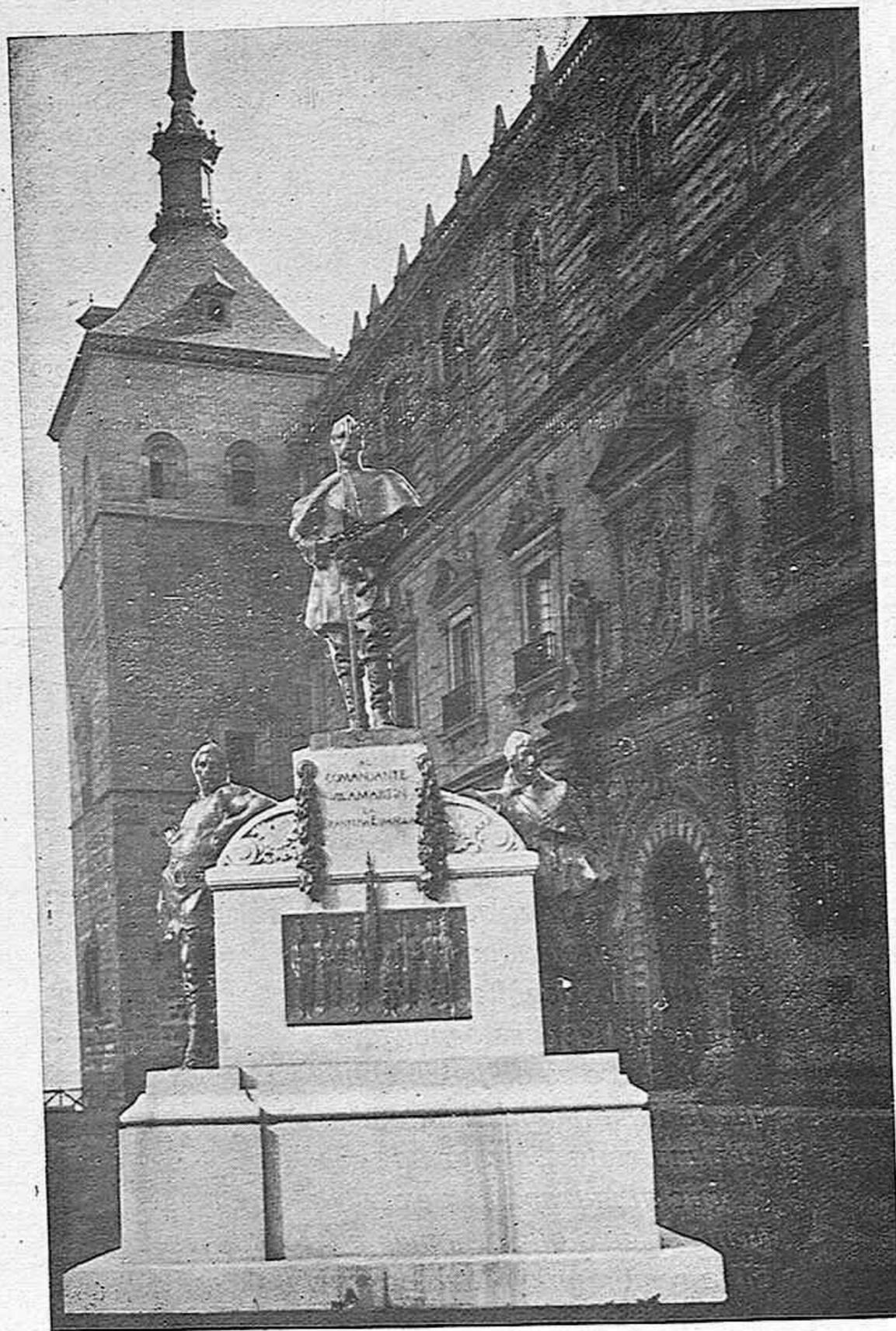
DIBUJO DE OCESE



JP

... UNA NUEVA ...
OBRA DE ARTE

El homenaje a Villamartín



En el mes pasado tuvo lugar el homenaje al gran escritor militar, comandante Villamartín.

Toledo, cuna gloriosa de la Infantería española, en cuyo Alcázar—centro modelo de enseñanza militar—está bien latente la obra de Villamartín, respondió al acto con todo

entusiasmo, sintiéndole como suyo, ya que en realidad así era, puesto que se trataba de un ilustre infante.

Solemísimo fué el descubrimiento del monumento, obra admirabilísima del gran escultor Mariano Benlliure, asistiendo S. M. el Rey, el presidente del directorio y demás generales



Detalle del monumento.



Otro detalle del monumento.

del mismo, representaciones numerosas de todas las Academias militares con sus respectivas banderas, y de todos los Cuerpos del Ejército. Asistieron también el alcalde de Cartagena, ciudad natal de Villamartín, y todas las autoridades y personalidades toledanas, así como un numeroso y distinguido público, que llenaba todos los alrededores y que tributó al Monarca calurosas ovaciones.

Hablaron, el general Aguilera por la comisión organizadora, los alcaldes de Cartagena y Toledo, y el general Primo de Rivera, que elogió la gran figura de Villamartín y la obra artística del

bellísimo monumento militar, ante el que desfilaron todos los asistentes, terminando el acto. Después se celebró un banquete de gala en la Academia de Infantería, presidido por el Rey, el que al final del mismo, pronunció un hermoso y patriótico discurso. Fué una fiesta brillantísima—doblemente grata por lo que representan estos homenajes—; un día memorable para la Infantería española, que así se glorificaba a uno de los suyos en su propia casa solariega; y para Toledo, que se honró recogiendo esta nueva obra de arte, y con ella la devoción de todos los suyos.





Siluetas de antaño

El Cardenal Siliceo



ISTOS los hombres de lejos, como los pinta el aura popular, nos parecen gigantes; contemplados sin embargo cara a cara, tan sólo muestran ser lo que en realidad son, pigneos; y entonces, ¡oh desencanto de la

fantasía ilusionada! brota de todos los labios la exclamación de *yo creí que era (don Fulano) otra cosa.*

Esta tan vulgar experiencia no sufre la mínima rectificación tratándose de encumbrados personajes, cualquiera que sea su gerarquía u orden.

¡Pobres los héroes, los reyes, los altos dignatarios, los..... que aupados por la nesciencia del vulgo docto o indocto, pretenden pasar a la posteridad ocupando el importante papel que desempeñaron en la gran farsa trágico-cómico-burlesca de la vida! ¡adiós los altos papeles por ellos representados con tanta excelencia y vanidad! No faltará algún escritor zumbón y capaz de burlarse, no ya del personaje encumbrado y figurón, si no aun de sí mismo, que, *solo voce*, en memorias íntimas, en relaciones inéditas o en escritos

poco menos que confidenciales, ponga la nota crítica, imparcial, ecuánime, colocando al gigante mimado de la fortuna en el plano que le corresponda: ni más alto ni más bajo de como en él se mostró por sus obras, y através de sus pasiones, miserias y bajezas de toda clase; y si por acaso andando el tiempo algún erudito rebuscador dió con el documento, y después de depurado por las operaciones de la crítica interna y externa, lo muestra y nos dice: *leed; tal fué vuestro personaje en vida;* entonces tras la desilusión que se apodera de nuestro alma, exclamamos: *¿y éste es aquél?* Sí; éste es y no el que por

interés, por adulación, por medro personal y por..... lo que fuere, habían pintado plumas más o menos brillantes de escritorzuelos contemporáneos agradecidos a dones y mercedes recibidos o por recibir.

Viene todo esto a colección de la silueta moral que, en breves frases, traza del famoso preceptor de Felipe II, Martínez Siliceo, Cardenal Arzobispo de Toledo, y fundador del renombrado Colegio de Nuestra Señora de los Remedios, el escritor contemporáneo Licenciado Sebastián de Horzco.

Este escritor es todo un hombre socarrón. El actual Conde de Cedillo, al publicar en el «Boletín de la



Retrato del Cardenal Siliceo.

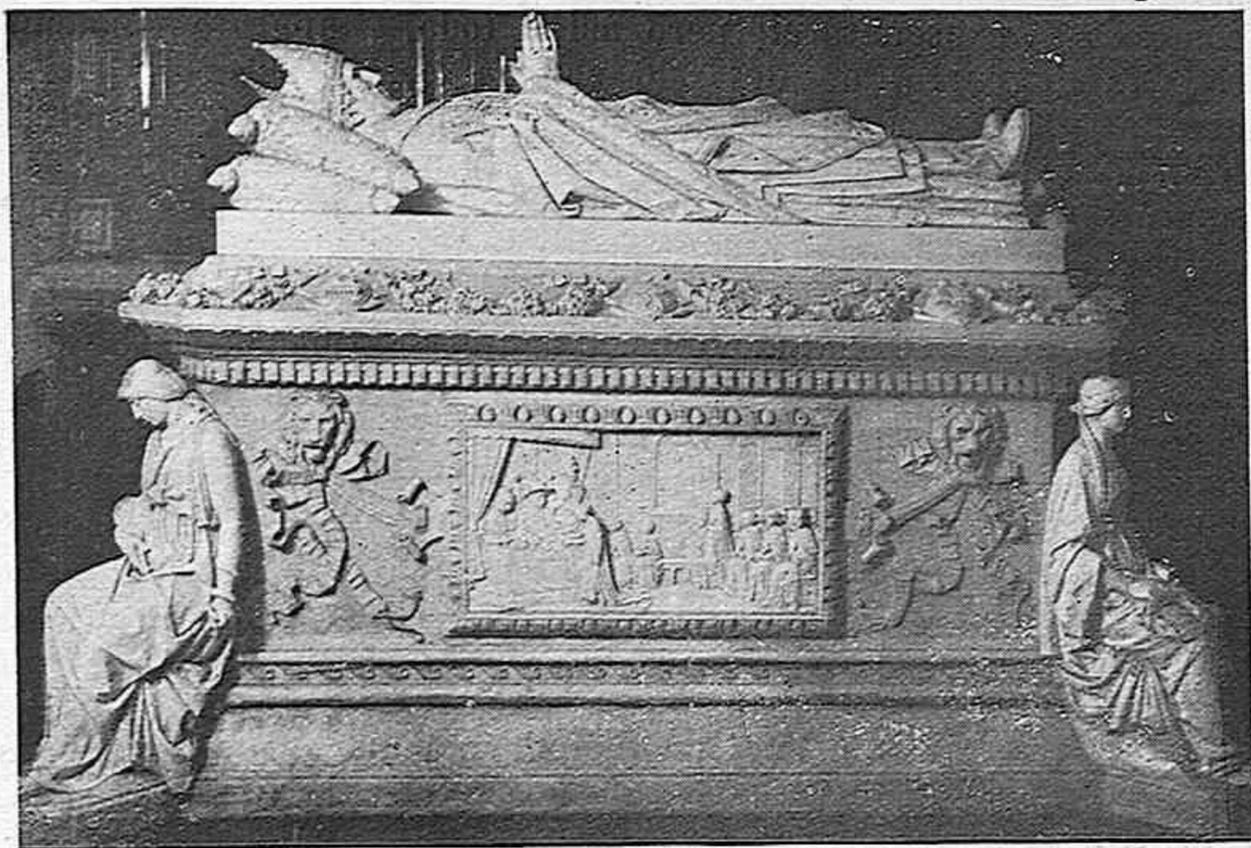
Sociedad de Excursiones» (año 1905, Madrid. Tip. Pasaje de la Alhambra, 1. Tomo XIII) algunas relaciones inéditas de tan sagaz escritor toledano del siglo XVI, dice de él que «más que historiador, en el estricto sentido de la palabra, fué un veraz narrador y diligentísimo *periodista*, por quien conocemos al detalle los más importantes sucesos ocurridos en aquel tiempo en su ciudad natal hasta el punto de que sus memorias y relaciones son la más copiosa fuente a que puede recurrirse en busca de noticias del Toledo del siglo XVI».

Tiene razón el Sr. Conde de Cedillo, Horozco es todo un *periodista* en el actual significado de la palabra. En tanto que la ciudad toledana celebra grandes solemnidades con ocasión de imponer el capelo cardenalicio al Arzobispo Siliceo (—entonces no era condición indispensable para poseerse de la Sede Primada el ser ya Cardenal, como lo es actualmente—), véase cómo el tal *periodista* en sus memorias o relaciones íntimas, nos cuenta con verdadera fruición que «este día de nuestra señora (25 de Marzo de 1556) hizo el Arzobispo mesa y vanquete a todos, y la sala grande de los concilios estaba llena de parte a parte de mesas. Comieron con el Obispo de Segovia, el Nuncio y otros muchos caballeros y personas».

Nótese que el cronista no escribe al modo de nuestros revisteros de salones, banquetes y fiestas de alto rango: dá la nota escueta y nada más. ¡Cuánto ha cambiado el oficio de entonces para acá!

Mas ahora viene la nota subjetiva e individual; qué le parecerá a él todo aquello tan aparatoso y magnífico. «Fue cosa este capello para el Arzobispo de harto plazer segund le estava deseando». ¡Adiós humildad, baja estimación de sí propio, desprecio de los honores, preeminencias y dignidades! ¡Adiós todo lo que exige virtud sólida y bien cimentada! Es todo un tratado magistral de sociología la aguda nota de nuestro perinclito licenciado, ¡quién diría a su Eminencia el Sr. Cardenal que un *anónimo*, uno que no era ni Obispo, ni caballero, ni personaje, de aquéllos que asistían al magno convite, allá en la oscuridad de su modesta habitación trazaba la silueta moral de él, anfitrión espléndido!

Pues esto, con ser mucho, no es nada en relación con lo que sigue, verdadero tratado de psicología individual y colectiva; no tiene desperdicio: es sencillamente la expresión característica de cómo el escritor en un momento de ecuanimidad sincera y como respondiendo a un sentir popular, democrático, general, traza el *yo moral* del festejado. Es decir, que mientras los *altos*, los de arriba se deshacen en palabras bien concertadas y sutiles en honor del Sr. Cardenal, el buen escritor, el *anónimo periodista gacetillero*, traza estas líneas: «Dizen que dio al dicho abad de viena—(el ablegado que vino a



Sepulcro del Cardenal Siliceo.

traerle el capelo)—camarero de su Santidad que se le truxo muy grand cantidad de dinero sin muchas ropas y joyas que tambien le dio, y aun para su Santidad vn presente de cosas de rropa blanca y otras cosas que alla—(en Roma)—son apreçiadadas». Y por si esto fuera poco y sin importancia termina su apreciación sobre tal hecho, tan importante para el Cardenal con estas sustanciosas frases que él recoge del común sentir popular escudándose con el consabido impersonal de *dicitur, fertur, aiunt, narrant.....*: «A este sumo pontifice siendo cardenal dizen que por ser pobre le dava y ayudava este mismo arzobispo de toledo con çierta quantia de dineros cada año para su sustentacion por manera que vino a tiempo que se lo pudo pagar».

Quiere decir esto en lenguaje paladino que el Sumo Pontifice Paulo IV, sucesor de Marcelo II, había sentido, aun siendo Cardenal, el aguijón de la pobreza, y que luego ya en la cumbre de la Cátedra Romana, no se olvidó, según corresponde a un corazón agra-

decido del antiguo bienhechor español, aparte claro es, los grandes méritos de Siliceo: ¿qué cosa más natural que su amigo Paulo IV se acordara de él para honrarle con el esplendor de la sagrada Púrpura? (!) Aquí, como se ve, nada hay de ilícito ni de inmoral; lo que hay es un mucho, muy mucho, de ese algo humano de que nunca jamás, ni siquiera al ocupar los más elevados puestos de la jerarquía eclesiástica, nos podemos despojar. Ya lo dijo el poeta latino: *Homo sum, et nihil humani a me alienum puto.*

La naturaleza humana siempre es una y la misma. Es verdad que la gracia divina la sublima elevándola a un orden superior, como es el sobrenatural; pero así y todo, este frágil barro, no deja de ser barro, aunque por alta y complicada técnica se le transforme en porcelana de Servés. Tales somos los humanos!

En la misma relación hay otro párrafo que es asimismo muy original por la luz que arroja para conocer la indole moral de nuestro famoso Cardenal.

Hélo aquí: «En estos días mientras el capello llegava estuvo el Arçobispo malo çiertos días y en este tiempo pareçio sobre esta çibdad haçia la parte del Setentrion muchas noches vna estrecha—(estrella)—o cometa prolongada, y los que no estavan bien con el Arçobispo deçian y pronosticavan que significava la muerte del dicho Arçobispo. Acaesçio que a la sazón avia venido a esta çibdad el marichal—(mariscal)—don pedro de navarra marques de cortes presidente del Consejo de las hordenes a tratar con el Arçobispo la empresa e jornada de bugia para la ir a tornar a ganar que se avia perdido poco avia y parando en las casas del Arçobispo que fueron de don diego de mendoça murio el dicho marichal domingo veinte y dos de março del dicho año por manera que en el se cumplio el pronostico, pero dios sabe la verdad y secreto de todo».

Cierto: solo Dios sabe el último por qué de las cosas; los hombres nos contentamos con juzgar no más que por verdades parciales, efectos, datos, antecedentes, etc., quedándonos siempre por escudriñar, dada nuestra limitación intelectual, la causa generatriz de los sucesos humanos y hechos de la Naturaleza. Por eso al apuntar el Licenciado Sebastián Horozco la idea de que el pronóstico vaticinado contra el Arzobispo se cumplió en el Mariscal, D. Pedro de Navarro, la ampliamos nosotros diciendo que también se cumplió en el Arzobispo, ya que al año

siguiente de haber recibido el capelo cardinalicio, Dios le llamó a juicio: de suerte que la tan deseada y suspirada dignidad cardinalicia tan sólo la disfruta desde el 15 de Marzo de 1556 en que llega a Toledo con el capelo el Abad de Viena arriba citado, hasta el 31 de Mayo de 1557, en que muere; esto es un año y dos meses aproximadamente, sin incluir, claro es, el tiempo que transcurre desde el Consistorio privado (témporas de Santo Tomás—adviento—de 1554) en que es creado Cardenal de la Santa Romana Iglesia, con otros seis cardenales, hasta la fecha apuntada en que se le impone el capelo en nuestro templo primado en medio de gran aparato y solemnidad.

Tal es por regla general la carrera de los honores: intrigar por obtenerlos, tal vez llegar a su consecución y luego, tras unos momentos breves, brevísimos, de su posesión, dejarlos abandonados con harto sentimiento porque la pálida Parca con una mueca de desprecio a nuestras vanidades, corta el finísimo hilo de nuestra existencia. Tan solo un piadoso *requiescat in pace* es el comentario a tantos afanes.

¿Juicio sobre Siliceo? Es muy difícil pronunciarse o por una alabanza sistemática o por un criterio de severidad rayano en el vilipendio. Nosotros respetamos la manera de enjuiciar que cada uno tenga. Si tan sólo nos atenemos a los cargos de Preceptor, Catedrático, Obispo, Arzobispo, Cardenal, fundador de espléndidos Colegios y Mecenas de las Artes, veremos en él al hombre eminente; por el contrario, si nos fijamos en sus terquedades, sobre el Estatuto de limpieza de sangre, en sus luchas con San Ignacio y la Compañía, en su carácter violento y brusco, en sus pasiones y miserias, tal cual nos las puntualiza el Horozco, y en las sinecuras dadas a sus parientes y amigos (que no faltaban en el Cabildo, como aparece en los libros de actas capitulares de aquella época), bien puede asegurarse que era uno más de tantos y tantos pecadores y miserables como atravesamos este inmenso erial de la vida. Tú, oh lector carísimo, juzga con caridad y benevolencia: no olvides las palabras del Evangelio: *en la medida que midieres serás medido.*

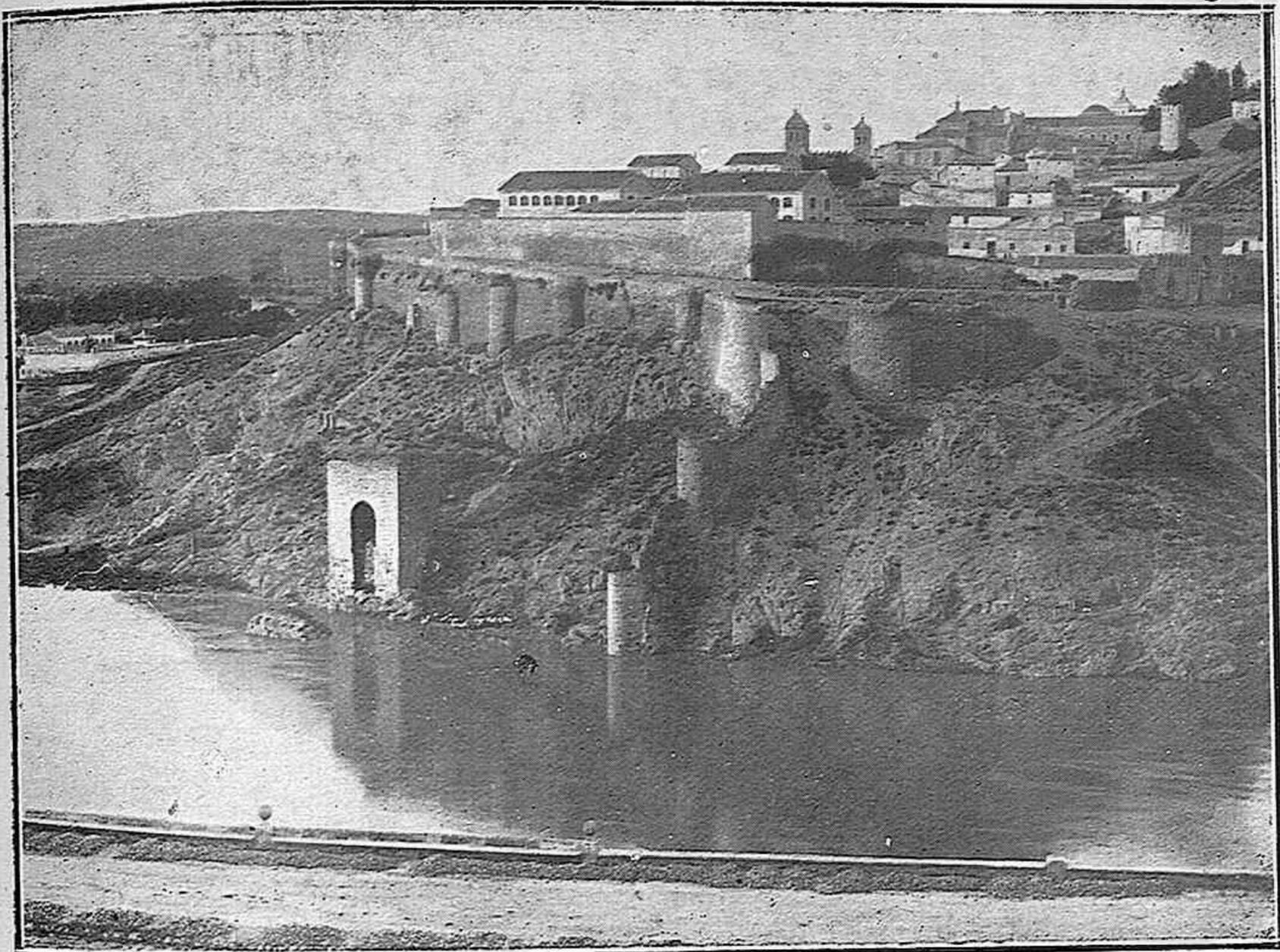
Helipe Rubio Figueroa
Presbítero

Toledo, año de 1925.



Evocaciones toledanas

Baño de la Cava



El baño histórico de la bella hija del Conde D. Julián, se yergue ruinoso y esbelto en este sitio poético, apartado del bullicio de la ciudad, recordándonos la entrada victoriosa del pueblo musulmán en el suelo ibérico.

La corriente del Tajo se torna triste y serena, como si quisiera entonar una elegía de amor y abandono.

Aunque el hombre internado en el estudio de pretéritas civilizaciones, diga que el delicado torreón perteneció a un puente arrastrado por el agua en remota riada, la fantasía popular triunfa, pensando en el camino subterráneo que llevara al palacio del último Rey Godo.

La infeliz enamorada surge envuelta en la nube que baja al río al atardecer.

Las aves que buscaron la ribera para apa-

gar su sed, reciben la caricia de unas manos suaves, femeninas.

Apoyada en la jamba del arco de salida, contempla el coloso que ruge aprisionado entre las peñas, cual noble león enjaulado, mientras el sol poniente enrojece el paisaje soberbio y extraño.

Habla; su voz tranquila se esfuma lentamente en el rumor del agua:

Pronto aparecerá el espíritu de Rodrigo condenado a contemplar mi desventura.

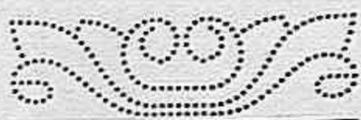
Recítame tu historia interesante.

Búscala en la inscripción maltratada por el tiempo del viejo capitel arábigo. ¿Volverás?

Mañana. Sólo el alma de Florinda sostiene el viejo torreón que levantó el capricho de un Rey.

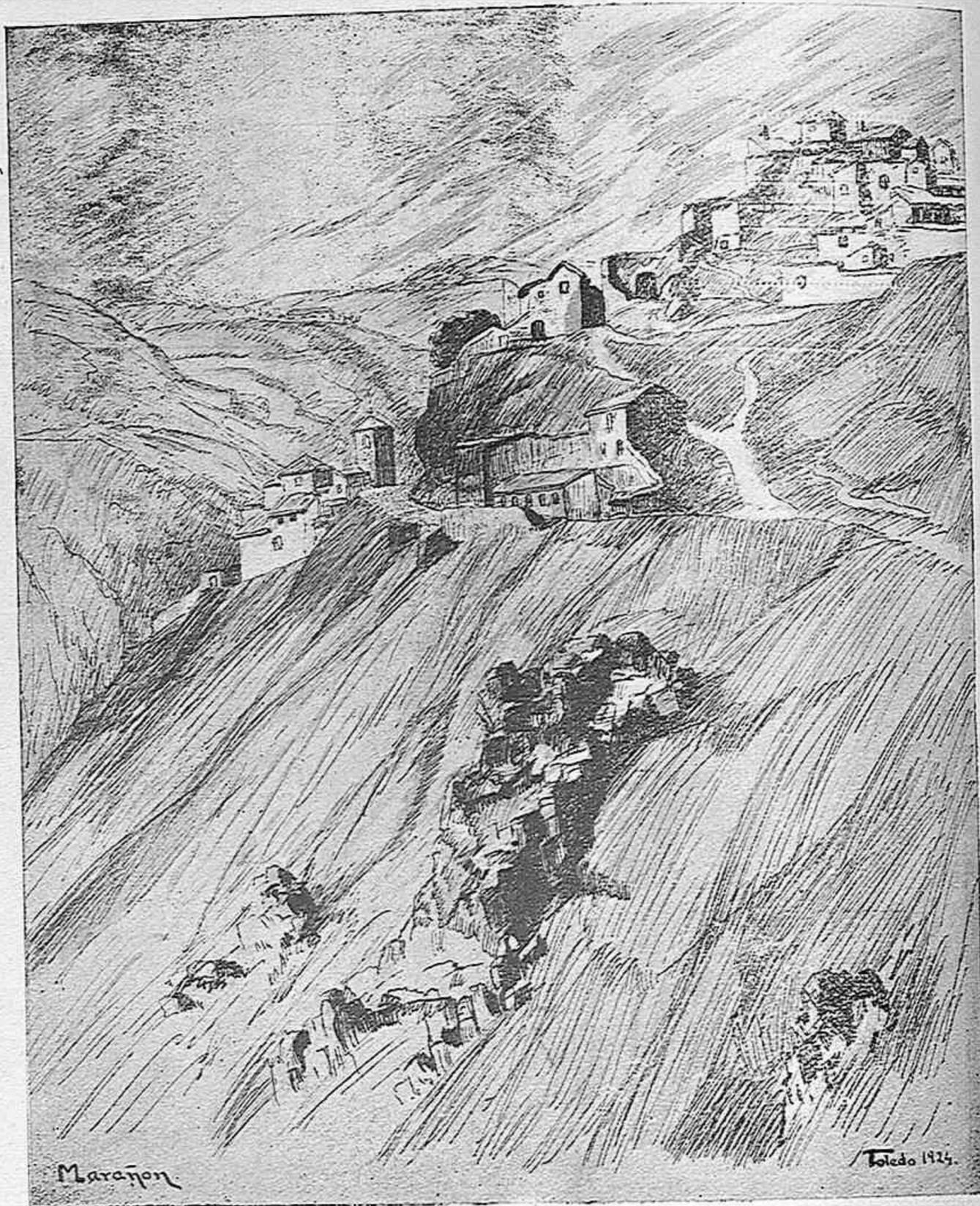
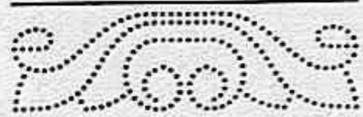
Por eso, el Tajo que arrastra cuanto encuentra al paso, besa sus muros blandamente, para rendirme homenaje silencioso y constante.

JOSÉ MANUEL KROHN



Paisajes

toledanos



DIBUJO DE MIGUEL MARAÑÓN

ESTE rincón polvoriento y silente de la antigua ronda toledana, tiene para mí el encanto singularísimo y feliz de un tiempo en que, arrieros, soldados, virottes empedernidos y chismosas viejas, platicaban de todo lo humano y lo divino con aire de doctores graves, y a las veces, de vácuos petímetros.

Hoy, apenas es visitado: de cuando en cuando un can famélico, busca desperdicios, otea con mirada cansina el horizonte pelado y la hondonada del río; y tristón y cabizbajo, por los senderos sucios y ásperos sube despaciosamente hasta perderse en las revueltas en sombra de las calles en paz.

¿Pero, a qué hablar del ahora, empequeñecido y falto de todo?.....

Es a la caída de la tarde, cuando turban mis pasos el silencio apacible.

El cielo—un fondo del Greco—se retrata en el Tajo quieto, cuyas aguas besuquean la luz de la primera estrella en él reflejada.

De la iglesia de San Lucas llegan a mí tristes y secas, las voces de las campanas que llaman a la Salve tradicional.

Por un momento sueño con el ayer, y del fondo de una de las callejas que dominan al templo, surge en su capa el D. Diego que, grave, penetra en la *Dumus Dei*, para deleitarse con la Salve sabatina en loor a Nuestra Señora.

La sombra nocturna oscurece el paisaje: en el azul bordado de estrellas, la hostia de plata de la Luna, surge magnífica; el paisaje cambia, y anonadado, oigo los acordes melódicos de la plegaria y la canción del Tajo, confundidos, hechos un mismo ritmo, y soberanamente divinos. Todo está acorde: cielo, tierra, agua.

La ciudad comienza su sueño.....

VICENTE MENA PÉREZ



El vínculo entre el Greco y Velázquez

El Greco y Tristán



ESPETABLES críticos de arte, nacionales y extranjeros, sustentan la muy justísima opinión de que el egregio pintor del Rey Poeta, discípulo, en los primeros años de su vida, de sus paisanos Francisco de Herrera y Francisco

Pacheco, siguió, en los juveniles días de su desarrollo artístico, la elogiada técnica del valenciano José de Ribera, *el Españoleto*, del extremeño Francisco de Zurbarán, *el Caravaggio español*, y del toledano Luis Tristán, predilecto discípulo del Greco.

Cierto es que, por lo general, biógrafos de unos y de otros aceptaron cuanto respecto a aquella gloria, no sólo de Sevilla si que de España y del Mundo artístico-pictórico don Diego Rodríguez Velázquez de Silva, habían publicado Palomino y Cean Bermúdez, y en verdad también que estableciendo comparación y orden cronológico entre las producciones de aquéllos y las del maravilloso pintor de Felipe IV, patentizanse las hermosas afinidades que se eslabonan, en muchos de los lienzos de Velázquez, con los del notable representante de la escuela realista, con los del admirable crítico de la escuela sevillana y con los del alma de la escuela que podríamos llamar toledana, tan efímera como lo fué en la alegría de la vida aquel fecundo y famoso pintor, «más famoso que conocido», llamado Luis Tristán Escamilla.

Palomino asegura que Luis Tristán fué el «discípulo de Dominico Greco, a quien excedió en el buen gusto y corrección del dibuxo; que mereció que Velázquez se aplicase a se-

guir su manera de pintar por lo bien que le pareció, abandonando la de Pacheco», su segundo maestro en la época de aprendizaje, y que las pinturas que a Velázquez «causaban mayor armonía eran las de Luis Tristán, discípulo de Dominico Greco, pintor de Toledo, por tener rumbo semejante a su humor, por lo extraño del pensar y viveza de los conceptos, y por esta causa se declaró imitador suyo.»

Hasta aquí, aun los que rinden exclusiva y muy merecida veneración al Greco, no niegan esas peculiares cualidades de Luis Tristán, puesto que en todas sus producciones artísticas están contrastadas, laudabilísimamente, una escrupulosa corrección del dibujo y un decidido y elogiabilísimo empeño en honrar la memoria de su ilustre maestro con la viveza y representación de los conceptos. Vienen a refrendar tan encomiásticas frases de Palomino, las de Cean Bermúdez, cuando dicen que Luis Tristán, «con su talento y aplicación, supo aprovecharse de lo bueno de su maestro y huir de lo malo que solía pintar; de manera que llegó a hacer cosas excelentes antes de salir de su escuela, por lo que le amaba y distinguía el Greco sobre los demás discípulos». Y no ha de olvidarse que Cean Bermúdez no era de los hombres que tan dócilmente aceptaban los juicios y apreciaciones de Palomino.

En este párrafo, que dejamos transcrito, evócanse dos puntos bastante interesantes para los severos críticos de arte y para los amantes de desentrañar el campo de la biografía. Que Tristán supo aprovecharse de lo bueno de su maestro es, al menos para nosotros, axiomático punto.

Sánchez Cantón hace observar, acertada-

mente, que «dos notas acusan el más somero examen de las pinturas de Tristán; en unas obras el empeño en recordar a su maestro, en otras apurado estudio del natural, aun a expensas de la belleza.»

Y nuestro buen amigo, el crítico y profesor de arte, Vegue Goldoni, en una de sus amenas e instructivas cartas nos decía: «De Tristán sabemos poco. Sus cuadros, aun delatando la influencia del Greco, no pueden confundirse con los de éste.»

Queda, pues, afirmado el que Luis Tristán unía a un talento y a una disposición artística privilegiada, tan privilegiada por referirse a dotes que tan sólo la Divina Providencia pudo otorgárselas, una corrección peculiarísima en la traza, una expresiva viveza en la representación de los conceptos y, sobre todo una, por todos conceptos, veneranda gratitud hacia aquel Dominico Theotocópuli, con quien «aprendió su profesión en Toledo.»

¿Que existen lienzos de Tristán que algunos conceptuaron como pintados por el Greco? Esos equívocos, en honrada opinión, no deben servir de base para ensalzar el especial y único arte del maestro con detrimento de las bellas y sinceras manifestaciones artísticas del discípulo, antes al contrario, ello no asevera más que por parte de unos, de los que confunden los cuadros de Tristán con los del Greco, que verifican el examen con no adecuado detenimiento o desprovistos del bagaje necesario para tales empresas o sugestionados porque en los trabajos de Luis Tristán siempre hay, por fortuna, algún detalle en la actitud de las figuras, en el ambiente del asunto, en determinada carnación, en la factura, en fin, que añora, que recuerda la más espléndida época en que el sublime pintor candiota atesoraba, por completo, las preciadas facultades de su espíritu incomparable.

Y con ese *algo* que en los lienzos de Luis Tristán se encuentra, y que acentúa la influencia del Greco, que corrobora que él y no otro fué su maestro, acentúase y corrobórase, sin átomo alguno de servilista imitación, una virtuosidad y una gratitud del discípulo hacia el maestro, que no nos cansaremos de ensalzar como merece.

¡Desdichado del hombre que cuando llega a columbrar la emancipación, digámoslo así, por haberse perfeccionado en un arte o en un

oficio, o por haber terminado los estudios esenciales a una carrera, no refleja, en los actos todos de su vida, tanto amor y agradecimiento, tanto efusivo recuerdo como a los seres que le dieron la vida y para él anhelaron todo género de venturas, a los humildes maestros que guiaron sus primeros pasos y a los que en esfera más elevada contribuyeron a su educación!

Pero volvamos al asunto. Siempre se encuentra, decíamos, algún detalle en las obras del malogrado artista toledano Luis Tristán, que evoca, encomiásticamente, que fué el inmediato y predilecto discípulo del cretense.

El mismo Sánchez Cantón, para nosotros respetable autoridad, en el mismo libro donde anota que Luis Tristán no logró asimilarse la entonación de Domenico Theotocópuli, hace la crítica de dos hermosos lienzos de nuestro pintor toledano Luis Tristán, diciendo: que el *Santo Domingo penitente*, que se admira en el Museo del Greco, «es obra de verdadera importancia, casi exenta de recuerdos del Greco, salvo la disposición general y, técnicamente, la antorcha y celajes. Las cosas, pintadas con gran verdad, y el perro del natural. Es clara la influencia flamenca—Moro, Key—en el tipo del santo y en la encarnación.»

A tanta sincera crítica artística adiciona el estudio de otra admirable obra de Luis Tristán, que en el mismo Museo del Greco se guarda: un *Cristo en la Cruz*, casi del tamaño natural, en verdadera contorsión de dolor, de carnación carminosa y un paño de pureza cual pudiera pintarlo el Greco; y de tan excelente cuadro dice: «El recuerdo del Greco es notorio, pero difuso en todo el cuadro, salvo en el lienzo blanco, que se tuviera por de su mano, Proceden también del maestro las sombras de tonalidad cárdena.»

No cabe duda alguna, pues, en que Luis Tristán aprendió y se asimiló lo bueno de su maestro, y que el Greco influyó en el espíritu de Luis Tristán, y que en varias obras de Luis Tristán flota el espíritu del incomparable Greco.

(Continuará).

Antonio Argués